

La vida política y los complejos

MIGUEL MOLINA RABASCO

Si no recuerdo mal, fue el doctor Marañón quien dijo que el gran pecado de los liberales era el temor a no parecer liberales. Lo mismo podría afirmarse hoy de los demócratas. Todos estamos convencidos de que la democracia es el mejor de los sistemas políticos existentes, o el menos malo, según se mire, y con este convencimiento proclamamos nuestra insobornable cualidad de demócratas y llevamos nuestro comportamiento hasta extremos que rozan en los kafkiano, por ese temor estúpido a que nos tachen o califiquen de poco democráticos o algo por el estilo.

Quien tenga dudas de que esto sea así, no tiene nada más que ojear la prensa diaria, ver la televisión o escuchar la radio, para darse cuenta de cómo nuestros políticos, con un miedo cervical que se ponga en cuestión actuaciones de "demócratas de toda la vida", toleran, con una pasividad tontorrón, no solo falsas y vociferantes acusaciones, sino las acciones de ciertos energúmenos que, conocedores de esa debilidad, se aprovechan y abusan de la propia democracia para anularla y, posiblemente, destruirla si no se pone coto a sus desmanes e ideas.

LA CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA

En 1978 los españoles, los que vivimos una dictadura de cuarenta años y algunos que no conocieron otro sistema, nos dimos una Constitución y con ella hemos convivido, con mas luces que sombras, camino ya hacia las tres décadas, quizá el periodo de paz y

prosperidad más largo en la historia de este país, que tiene el honroso y bello nombre de España, aún cuando parezca que nos da vergüenza proclamarlo. ¡Oh increíble influencia o contagio de algunos anacrónicos "progresistas", que no acaban de asumir que nos encontramos en otro tiempo distante y distinto de aquel contra el que intentaron luchar!). Y cuando escribo paz lo hago con consciencia clara de lo que significa, pues los zarpazos de la bestia

terrorista sólo constituyen meros intentos de desestabilizar nuestra sociedad, mas cohesionada, fuerte e inteligente de lo que ellos creen.

Dicho esto hay que reconocer, sin embargo, fallos o puntos débiles en nuestra organización que, o corregimos cuanto antes, o pueden prolongar los problemas existentes y agravarlos hasta extremos peligrosos. El primero se desprende de lo expuesto: Una democracia no tiene por qué ser débil, ni su autoridad endeble y cuestionada de forma continua. Si ha de velar por la libertad y está obligada a garantizar la seguridad de sus ciudadanos honrados, no puede andarse por los cerros de Úbeda a la hora de actuar y castigar a quienes vulneran e incumplen las normas y deberes de ciudadanos. No descubro nada respecto al desprestigio de nuestra justicia, preocupada en exceso por sus simpatías y antipatías políticas, con olvido culpable de sus obligaciones de castigar a la delincuencia, ya sea de alto copete o de miseria extracción social; tampoco resulta nada nuevo señalar la lenidad con que los distintos Gobiernos han dictado y promovido leyes y códigos protectores y defensores del español correcto y cumplidor de sus deberes; en ellos, al final, se ha buscado más una supuesta reinserción del delincuente, que el restablecimiento de la justicia y, por supuesto, con inexplicable olvido de las víctimas.

NACIONALISMOS

Otro punto flaco se encuentra en la manera en que se han tratado los llamados nacionalismos. Por obviar los así autotitulados -decir históricos sería una falsedad tan gruesa como la de los propios nacionalismos- se propician o inventan otros nuevos con la división autonómica, que es tanto como otorgar facilidades a nuestra tendencia individualista e inyectar energía a la fuerza centrífuga que, en nuestra sociedad, el individualismo implica. Y no bastó con crear las Comunidades Autónomas, que en sí nada tienen de

malas y pueden servir para una eficiente descentralización, sino que además cedemos tantas competencias que casi queda vacío de contenido al propio Estado. Pero esto tampoco implicaría grave problema si por encima de los intereses particularistas autonómicos existiera una clara y fuerte consciencia de la unidad territorial de España y de solidaridad con el resto de las Autonomías -cuyos habitantes no dejan de ser compatriotas- tal como sucede, por ejemplo, en EEUU o en Alemania; mas ello, dado nuestro carácter, como se ha dicho, no ocurre; la disgregación y la dispersión, nos atraen más, con una seducción casi suicida. No creo que sea necesario ningún ejemplo, cuando estamos sufriendo las consecuencias de "nacionalismos" que podrían calificarse de insensatos y estúpidos si no estuvieran resultando tan dramáticos. También aquí, la frase de Marañón es aplicable. Nadie quiere parecer autoritario y defender con fuerza lo decidido por la mayoría, facilitando así a pequeños grupúsculos toda clase de desmanes, que siembran la inquietud y el temor entre la gente normal, honrada y trabajadora, deseosa sólo de vivir en paz.

Por último hay que hablar de la clase política, si puede llamársela clase. Ya es grave considerarla como tal, transformar en profesión la representación que ostentan y en "status" social privilegiado el resultado de unas elecciones, que tan sólo significan un mandato transitorio. Pero la verdad es que existe una tendencia en los propios políticos hacia esa transformación, con respetables excepciones, y a perpetuarse indefinidamente en el poder, bien por el prestigio del mando, bien por cualesquiera otras muchas razones mas íntimas y por esta causa, trasigen, condescienden, ignoran de forma deliberada, evitan ver, permiten y minimizan acciones, actuaciones y hechos, cuya continuidad y reiteración van minando la convivencia y los valores propios de una sociedad sana.

Bueno es desechar complejos y fantasmas del pasado y ejercer con la suficiencia fortaleza la misión que el pueblo encomienda a sus hombres públicos, para que gobiernen lo mejor que sepan, pero sin concesiones ni temores a ser considerados autoritarios, nostálgicos y destruir la democracia. No hacerlo así tiene un nombre: Pusilanimidad. O algo peor.

